



EL PRIMER CONCIERTO

Nuria Catalán]

Suele ser habitual que los alumnos de la Escuela de Música de Andorra muestren en conciertos colectivos los logros alcanzados en su aprendizaje; pero, de forma extraordinaria, una de estas alumnas, **Nuria Catalán**, se convirtió por primera vez el 18 de junio de 2003 en la intérprete en solitario de un concierto de variado y difícil repertorio, que contó con la colaboración de su profesora de piano, **Eloísa Lombarte de la Orden**, en la ejecución de algunas de las piezas interpretadas. Queremos destacar la singularidad de la ocasión con esta página que recoge sus impresiones sobre su aprendizaje y vivencias en torno a la música.

Muchas veces la gente me pregunta cómo soy capaz de pasarme toda una tarde frente al piano. Realmente no lo sé. Supongo que responder que porque me gusta resultaría insuficiente.

Cuando iba al colegio de pequeña todas mis amigas tocaban algún instrumento, y ya se sabe que de niño “culo veo, culo quiero...” Así que a los diez años y tras un intento frustrado de dedicarme a la danza, me apunté a clases de piano. Debo decir que mis padres, amantes de la música (siempre me viene a la cabeza la imagen de mi padre sentado frente al equipo de música escuchando incansablemente alguna sinfonía), me animaron efusivamente a apuntarme.

Mi primera profesora me enseñó algo fundamental a la hora de tocar el piano: a tomármelo en serio. A plantearme si era un mero capricho o si realmente quería esfor-

zarme para llegar a tocar algún día obras que mereciera la pena “sentir”.

Cuando estaba a punto de cumplir 12 años me trasladé desde Barcelona (donde había nacido) a Alloza.

Y aquí seguí, lo primero fue buscar la profesora adecuada. Tuve la gran suerte de encontrarme con Eloísa. Estoy convencida de que si no hubiera sido ella mi profesora, yo ya hubiera dejado el piano.

Mis primeros años aquí fueron muy duros y mi mayor apoyo fue la música, lo único a lo que podía recurrir en cualquier momento, siempre disponible cuando yo lo necesitara. Una de las pocas cosas por las que valía la pena luchar.

Continué con mis exámenes en el conservatorio. Aprobé, esta vez con dos sobresalientes, era la chica más feliz del mundo. Viendo estos resultados decidí hacer dos cursos en un año. Lo cual significaba preparar veinte canciones y tocar cada tarde, al final de curso, unas cinco horas e incluso algunos días seis.

No os voy a engañar, no todos los días me ponía de buena gana a tocar, bueno, sinceramente, casi ningún día me ponía de buena gana. Y supongo que me volveréis a preguntar: ¿Entonces, cómo eres capaz de estarte toda una tarde frente al piano? Por satisfacción personal. El piano es de lo que más orgullosa me siento en esta vida. Claro que es un gran esfuerzo, todo lo que merece la pena en la vida lo es, y os aseguro que esto merece la pena.

Este último año ya no me examiné, aunque no quería dejarlo. Tocaba durante casi toda la tarde y estudiaba por la noche. Pero me compensaba, prefiero mil veces la satisfacción que se siente al tocar una

sonata que una buena nota en un examen. Una sonata es un trabajo de meses, llegar a interpretarla de manera aceptable es una verdadera labor de chinos, es como un camino por el que cada día avanzas muy poco y de forma muy lenta. Por eso la satisfacción es tan grande cuando giras la vista y ves todo el sendero recorrido.

De momento he alcanzado una meta, el 18 de junio di mi primer concierto. Para mí fue realmente emocionante. Conforme avanzaba el programa del concierto veía que todo salía bastante bien y mi tranquilidad (sorprendentemente presente desde el principio) iba aumentando.

Salí derrochando alegría, con una satisfacción personal enorme, porque aquello había sido un esfuerzo voluntario: fui yo quien eligió preparar el concierto, fui yo misma quien me marqué las metas, quien decidió hacer un esfuerzo que no tenía por qué haber realizado.

También me suelen preguntar cómo lo hago, de dónde saco el tiempo. Siempre hay tiempo para hacer lo que te gusta. Si no saliéramos de casa acabaríamos enfermándonos de angustia. Digamos que si yo toco el piano no necesito salir de casa. Es decir, yo podía haberme sacado el bachillerato sin salir todos los sábados a desahogarme, pero creo que no podría habérmelo sacado sin tocar a Beethoven cuando estaba agobiada o a Chopin cuando la melancolía me podía.

Ahora que vuelvo a Barcelona se abre ante mí todo un mundo de posibilidades, No sé qué lugar ocupará en él el piano; pero, sin dudar, desearía continuar tocando toda mi vida o, al menos, sabiendo valorar la música como se merece. ♪